

chis; de Neco, Psammético, Amasis, Nectanebo y otros muchos soberanos, así como los de muchas divinidades egipcias (el Ptah de Menfis, la trinidad de Tebas, Amon, Mut y Chunsu, la Neith de Sais, la Hathor de Dendera, el Thot y el Ra, el Horo y el Anubis, el Isis y el Osiris), etc., etc., todos estos nombres fueron por él descubiertos, con su escritura jeroglífica, en los monumentos, pudiendo por lo mismo determinar la época en que éstos fueron erigidos. También dió un gran paso hácia adelante para la interpretación de los jeroglíficos cuando hubo descubierto los signos que constituyen la numerosa parte de los determinantes, guía tan preciosa para los descifradores, signos que los antiguos hierogramatas gustaban de poner detrás de las palabras escritas fonéticamente, como prueba de su significado. Por último, comprendió Champollion que la escritura de los jeroglíficos no era, como hasta entonces se había creído, únicamente fonética en los nombres y puramente simbólica en las demás palabras, sino que, por el contrario, había en ella signos alfabéticos con el valor de letras ó de sílabas que se empleaban juntamente con los signos ideográficos, que unas veces eran simbólicos otras figurativos. Reconoció también que en ningún texto jeroglífico ó hierático había una sola línea en la que, además de la clase de signos ideográficos, no estuviesen representados los signos alfabéticos con el valor de letras ó de sílabas y los determinativos. Champollion no solo aplicó con éxito su sistema á descifrar los nombres de reyes y de distritos y poblaciones así del país como extranjeras que repetidas veces encontramos en los textos egipcios, sino que una vez seguro del valor alfabético de los signos, lo aplicó también con igual resultado á descifrar párrafos enteros, á analizar sus distintos grupos y á descubrir su significado, en lo cual acertó muchas veces, si no siempre. De este modo, y merced á sus conocimientos en la lengua copta, pudo determinar el significado de un gran número de antiguas palabras egipcias y trazar los principios fundamentales de una gramática del antiguo idioma egipcio (1). Ciertamente que Francisco Champollion, el ilustre fundador de la egiptología, erró varias veces en sus opiniones; así por ejemplo, nada tiene de correcto el inmenso alfabeto que confeccionó sin separar debidamente las épocas en que los signos tuvieron el valor alfabético que les señalaba y sin hacer notar que la mayor parte de los signos de su alfabeto no se encontraba en los textos pertenecientes á la época de los Faraones, sino constantemente en la escritura jeroglífica de la época greco-romana, en la cual los hierogramatas gustaban de introducir en la escritura, como letras, una porción de signos ideográficos ó silábicos. También fué muy modificada su opinión sobre la relación del antiguo idioma egipcio con la lengua copta; en efecto, el copto, como último idioma de la lengua egipcia, se parece mucho al que encontramos en los textos demóticos; pero así en la formación de las palabras como en las formas

(1) Obras de Champollion: *L'Égypte sous les Pharaons*, París, 1814. — *De l'écriture hiéroglyphique des anciens Égyptiens*, 1821. — *Lettre à monsieur Dacier*, París, 1822. — *Phaéton égyptien*, 1822-25. — *Lettres à M. le duc de Blacas*, París, 1824, y Turin, 1826. — *Précis du système hiéroglyph.*, París, 1824. — *Notice descriptive des mon. égypt. du musée Charles X*, París, 1827. — *Lettres écrites d'Égypte et de Nubie*, 1828-29. Después de su muerte se publicaron: *Monuments de l'Égypte*, París, 1835. — *Grammaire égyptienne*, 1836-41. — *Dictionnaire égyptien*, 1841. Las noticias manuscritas de su viaje á Egipto de 1828-1829, que comprenden muchos tomos en folio, fueron publicadas en un tomo por su hermano mayor Champollion-Figeac (600 páginas autografiadas) en París, en 1844, y otros tres tomos en 1871-73, por Manuel de Rougé y Maspero (de éstos el segundo abarca desde la página 601 á la 917, y los tercero y cuarto comprenden 720 páginas). Esta obra representa un trabajo colosal, respecto del cual todos cuantos han estudiado en los templos y sepulcros egipcios convendrán con el vizconde de Rougé, que dice, hablando de estas noticias manuscritas de Champollion: «Delante de sus manuscritos es sobre todo donde queda uno confundido de admiración.»

y en la sintaxis se diferencia tanto de la escritura jeroglífica de los monumentos y de los papiros, como el idioma de los actuales italianos del antiguo latino. No obstante, á pesar de las muchas equivocaciones padecidas por Champollion, algunas de las cuales pudo rectificar él mismo y otras fueron rectificadas posteriormente; y á pesar de las importantes modificaciones que en su sistema han tenido que introducirse, si tenemos en cuenta que él fué quien primero señaló á la investigación el verdadero camino, y si consideramos lo que descubrió por esta senda durante su vida tan prematuramente cortada por el destino, veremos que á él puede el porvenir aplicar aquel proverbio árabe: *El faddel lil mukteð wa in ah'sen el mukteð*, «el mérito es del iniciador, aun cuando el sucesor lo mejore.»

Varios doctos, unos antes que Champollion, otros al mismo tiempo que él, se dedicaron, como hemos visto, á descifrar jeroglíficos, pero ninguno alcanzó el brillante éxito por aquel conseguido: los mas de ellos buscaron el objeto que se proponían por una senda distinta de la emprendida por Champollion, á pesar de lo cual en algunos puntos lograron acercarse á la verdad y á veces dar con ella, aportando así sus servicios á los estudios egipcios. Después de la muerte de Champollion, en los primeros tiempos que á ella sucedieron, sus dos discípulos Rosellini (2) y Salvolini (3) fueron los únicos que sin cuidarse del estrépito de la lucha que les rodeaba avanzaron vigorosamente por el camino trazado por su maestro. Desgraciadamente su vida fué también corta, no siéndoles dado presentar al exámen de sus contemporáneos los preciosos resultados de sus investigaciones debidamente coleccionados y fundados. Uno y otro sufrieron la misma suerte que su profesor, cuya actividad quedó cortada por una muerte prematura. A excepción de sus trabajos y de los de sir Gardner Wilkinson (4) y de algunos de C. Lenormant, Nestor L'hôte, E. Hinks y del doctor Leemans (5), director de los Museos de los Países Bajos, el período que siguió inmediatamente á la muerte de Champollion no produjo ninguna publicación realmente provechosa para la investigación egipcia. Aquellos primeros años de la joven ciencia se nos presentan, mas que como época de estancamiento ó de progreso, como una época durante la cual el *diletantismo* que va en busca de botín, considerando terreno muy á propósito para ejercer su actividad el reino de los Faraones, que hoy despierta tan general interés, cayó sobre el Egipto saqueándolo desapiadadamente todo. Entonces, junto á esta plaga literaria, no extinguida todavía, de memorias de viajes revestidas de un ligero tinte etnográfico y arqueológico y junto á las discusiones sobre la historia, la religión y el idioma del antiguo Egipto — discusiones en las cuales tanto se maltrataba á la Biblia y á los clásicos — se nos ofrece en la ciencia, en vez del digno cuadro de la investigación tranquila, el indigno es-

(2) Obras de Rosellini: *Lettera filologica critica al chiarissimo Signore prof. A. Peyron di Torino*, Pisa, 1831. *Elementa lingue Ægyptiaca, vulgo coptica*, Roma, 1837. *Breve notizia intorno un frammento di Papiro funebre egizio*, etc., Parma, 1839, y su grandiosa obra de monumentos: *I monumenti dell' Egitto e della Nubia*, 400 tablas en folio con texto explicativo, Pisa, 1832-44.

(3) Obras de Salvolini: *Des principales expressions qui servent à la notation des dates*, París, 1832. *Campagne de Ramses le Grand, contre les Scheta*, París, 1835. *Analyse grammaticale raisonnée de différents textes anciens Égyptiens y Traduction et analyse gr. des inscriptions sculptées sur l'obél. de Luxor*, París, 1837.

(4) Obras de Wilkinson: *Topography of Thebes, and general view of Egypt*, etc., Londres, 1835. *Manners and customs of the ancient Egyptians*, 1837.

(5) Obras de Leemans: sus cartas á Salvolini y á Prisse d'Avannes, y la excelente edición por él publicada del *Horapollon*. (Véase lo dicho por nosotros sobre el particular.)

pectáculo de aquella tumultuosa lucha de sabios, no siempre contenida dentro de los límites del decoro, lucha en la cual se combatían mutuamente los partidos que defendían y los que atacaban á Champollion.

La egiptología hizo un nuevo y plausible progreso, no interrumpido desde entonces, con los trabajos de

Ricardo Lepsius

que nació el 23 de diciembre de 1810, y desde 1846 es profesor de egiptología de la universidad de Berlín y director de la sección egipcia del «Real Museo»

Lepsius, dotado de la misma segura mirada para juzgar los monumentos que caracterizaba á Champollion — cualidad de que después dió tantas pruebas — y superior á los discípulos de éste, Rosellini y Salvolini, en perspicacia, en conocimiento del lenguaje y en talento filológico, comenzó en 1835, después de haber examinado atentamente algunas de las estaciones de la senda trazada por Champollion, á seguir independiente este camino. El primer trabajo egiptológico que publicó durante su permanencia en Roma, en los *Annali dell' Instituto archeologico*, fué yade gran importancia. Este trabajo, que como las cartas de Champollion merece un puesto de honor en la historia de la egiptología, es la *Lettre à M. Rosellini*, que publicó Lepsius en 1837, en la cual, sometiendo á una severa crítica científica el sistema de la jeroglífica inventado por Champollion, adujo pruebas convincentes de que la senda por éste abierta era la única acertada y de que todos los demás medios de interpretación, como los defendidos por Klaproth, Sickler y Spohn-Seyffarth, debían ser rechazados como absolutamente falsos, añadiendo, sin embargo, que también el sistema de Champollion debía ser rectificado en algunos puntos de no escasa importancia. De estas dos rectificaciones solo podemos citar las dos mas importantes y especialmente útiles para descifrar los jeroglíficos á saber: primera, la simplificación en aquel trabajo propuesta del gran alfabeto de Champollion, simplificación que consiguió Lepsius descartando todos aquellos signos que, según minucioso exámen del material escrito, no se encontraban nunca en los textos jeroglíficos ó hieráticos del tiempo de los Faraones sino que aparecen con el valor alfabético que Champollion les atribuía únicamente en la escritura corrompida de los tiempos greco-romanos; y segunda, la demostración de la verdadera relación entre el idioma copto y el antiguo egipcio. Entre esta carta á Rosellini y el trabajo publicado en el último cuaderno de este año de la *Revista para la lengua egipcia* con el título de «La XII dinastía manethónica» media casi medio siglo, durante el cual Lepsius se ha dedicado constantemente á los estudios egipcios y ha consignado en un gran número de valiosas obras los resultados de sus investigaciones. No nos es posible entrar en el exámen del contenido de cada uno de estos trabajos, cada uno de los cuales ha hecho avanzar un buen paso á la ciencia de la egiptología, debiendo limitarnos á mencionar de entre ellos: su trabajo publicado también en Roma en 1838 con el título de *Sur l'ordre des colonnes-piliers en Égypte et ses rapports avec le II. ordre égyptien et la colonne grecque*; las dos obras publicadas en 1842: *Libro de los muertos de los antiguos egipcios y Elección de los documentos mas importantes de la antigüedad egipcia*; la *Cronología de los egipcios*, publicada en 1849, á la cual siguieron, en 1852, los dos tomos del «Libro de los reyes»; y además una serie de artículos insertos en las memorias de la Academia de Ciencias de Berlín y en la *Revista para la lengua egipcia*, sus *Cartas de Egipto, Etiopía y de la Península del Sinaí*, el *Decreto de Kanopus*, su gramática nubia con una introducción sobre los pueblos é idiomas del Africa, y sobre

toda aquella obra en doce grandes tomos, precioso legado de un príncipe y de un sabio alemanes, que se titula:

MONUMENTOS DE EGIPTO Y DE ETIOPIA
según los dibujos de la expedición científica
enviada en 1842-1845 á aquellos lugares por S. M. el rey de Prusia
Federico Guillermo IV.

Esta obra contiene, ordenados cronológicamente, los resultados de aquel viaje de exploración que llegó hasta los mas remotos confines meridionales del antiguo reino etíope, y que se realizó bajo una estrella como desde entonces no ha vuelto á brillar para la egiptología, es decir, bajo la estrella del protectorado de un príncipe que se interesó vivamente por esta exploración del antiguo Egipto y que facilitó poderosos recursos para su buen éxito. En tiempo de Napoleón Bonaparte, y sin que éste se hubiera propuesto en su expedición precisamente aquel objeto, había partido de Francia el primer impulso para reanudar el estudio serio de los monumentos egipcios; pero Federico Guillermo IV de Prusia fué el iniciador de la investigación egipcia en Alemania, en virtud del interés que se tomó por la antigüedad egipcia y de los poderosos recursos que dedicó á su exploración y que permitieron al Champollion alemán, R. Lepsius, recorrer durante muchos años, en compañía de sabios arquitectos y de insignes dibujantes, el alto y el bajo valle del Nilo y sus territorios vecinos y á su regreso consignar los resultados de la expedición en aquella preciosa obra que es, desde hace muchos años, y será siempre auxiliar indispensable para todos los que se dedican á los estudios arqueológicos y sobre todo á los egipcios antiguos.

La egiptología tuvo la suerte de ver muy pronto al lado de Lepsius otros dos ilustres investigadores que con tanta actividad como éxito se dedicaron á su estudio, á saber: Samuel Birch, en Inglaterra, y el vizconde Manuel de Rougé en Francia, á los cuales siguieron después Augusto Mariette, T. Deveria, F. Chabas (que, en Chalons-sur-Saone, compitió en actividad con sus colegas parisenses) y W. Goodwin, en Inglaterra, que ocupó entonces el primer lugar entre los traductores de los textos hieráticos. En Alemania, diez años después de haber encaminado Lepsius por la verdadera senda la investigación egipcia, el joven H. Brugsch comenzó á publicar los resultados de sus estudios egiptológicos. En el curso de esta obra hemos mencionado con frecuencia los trabajos de estos investigadores, que tan poderosamente han contribuido á darnos á conocer la antigüedad egipcia: por lo mismo, ahora solo diremos que ellos fueron los que, en las dos primeras décadas que siguieron á la muerte de Champollion, fundaron sobre los cimientos por éste contruidos el edificio de la egiptología, edificio de construcción sólida que, en tiempo relativamente corto, tomó grandes proporciones y que de año en año va agrandándose de un modo considerable. De los fundadores de este edificio solo trabajan actualmente en su engrandecimiento Lepsius, Birch y Brugsch, pero alrededor de estos se ha formado una serie de distinguidos colaboradores que desde hace años atienden con ellos á la obra felizmente comenzada y que en lo porvenir atenderán á su vez á ella con los discípulos que hayan formado. Llenos de confianza podemos decir que el edificio de la egiptología, fundado por Champollion y por sus sucesores, será imperecedero. Hoy todavía no está completo en su construcción sino que deja algo que desear en su contextura interna, no siendo nada agradable que por él haya de pagarse aun tan crecido alquiler, pero á pesar de todo tiene sus excelencias que hacen grata la estancia en él y de las cuales solo mencionaremos dos, á saber: la de que desde él y por todos lados se descubren hermosísimas

perspectivas en extenso horizonte y la de que como edificio nuevo que es, no ha sido todavía viciado como otros vecinos suyos, en los cuales las disposiciones adoptadas en distintos cambios por los primeros habitantes dificultan á menudo á los que entran en ellos el tomar las que ellos creen convenientes.

Cuando se considera que hace pocos decenios no se conocía un solo signo de los tres sistemas de escritura, jeroglífico, hierático y demótico, de que se servían los antiguos egipcios y se ignoraba por completo si en este sistema tan complicado los distintos signos representaban palabras enteras ó letras ó sílabas; cuando se considera esto y se mira luego el resultado obtenido, es decir, el resultado de que ahora la investigación egipcia no se ve reducida como antes á las noticias dudosas y á veces falsas de la antigüedad clásica y á los datos que sobre el Egipto se encuentran en escaso número esparcidos en las Sagradas Escrituras y en los autores cristianos y árabes, sino que ha reconquistado el conocimiento de la antigua lengua egipcia que se había perdido por completo y se encuentra, desde entonces, en la feliz situación de poder instruirse directamente en el rico legado literario de los antiguos egipcios, instrucción alcanzada por el feliz estudio de los monumentos y papiros, podemos con razón decir de esta investigación fundada hace sesenta años, que en el poco tiempo que lleva de existencia ha conseguido grandes resultados. Utilizando con circunspección la clave por Champollion inventada, ahren sus sucesores uno tras otro todos los salones de un archivo durante tanto tiempo cerrado, del cual van sacando valiosos documentos como preciosas conquistas para nuestro conocimiento de la antigüedad egipcia. Durante los dos últimos decenios especialmente se ha aumentado de un modo considerable el número de los que dedican su vida á la investigación de las antigüedades egipcias, de suerte que aun en países en los cuales hasta hace muy poco tiempo la egiptología no contaba con ninguno ó á lo mas con un representante (1), hoy dispone esta ciencia de fuerzas considerables (2). Actualmente son muchos los que activamente se aplican á los diversos ramos de esta ciencia: en la esfera de la investigación histórica y geográfica; en la interpretación de los textos jeroglíficos, hieráticos y demóticos; en la gramática y en la lexicografía, no menos que en el descubrimiento de nuevos materiales y en el exámen de los ya conocidos compulsándolos cuidadosamente con los originales, en todos estos terrenos se nota hoy tal actividad, que es preciso calcular muy

(1) Como en España, donde solo la representa el señor Rada y Delgado, si bien hay otros que se han dedicado particularmente á su estudio. (N. del T.)

(2) En los Países-Bajos y en Austria, en donde la egiptología no había sido durante mucho tiempo cultivada mas que por el doctor Leemans y por el profesor Reinisch, se han agregado ahora á éstos W. Pleyte, en Leyden, y E. de Bergmann y J. Krall, en Viena, mientras que en Italia, en donde desde Rosellini y Salvolini nadie se había ocupado en los estudios egipcios, dedicanse ahora activamente á ellos Simeon Levi, Rossi y Ernesto Schiaparelli. En algunos países que no habían tenido hasta ahora representante alguno de la egiptología, ven al presente cultivado este terreno de la investigación: así por ejemplo, en Rusia, W. Golenisheff y E. de Lemm; en Suiza, E. Naville; en Noruega, Suecia y Dinamarca, J. Lieblein, K. Piehl, W. Schmidt y el conde Schack se han dedicado recientemente á contribuir al conocimiento de la antigüedad egipcia. En Francia, Inglaterra y Alemania, que por espacio de mucho tiempo han sido los únicos centros de la creación de Champollion, no ha disminuido el interés que desde un principio allí despertaron los estudios egipcios, sino que por el contrario junto á las grandes lumbreras de la egiptología se ha ido formando poco á poco un número considerable de distinguidos colaboradores que durante los últimos años se ha aumentado grandemente, sobre todo en Francia y en Alemania, de suerte que en atención á lo descubierto hasta ahora por la egiptología podemos mirar satisfechos el tiempo pasado y en punto á los trabajos que todavía le están reservados cabe dirigir hacia el porvenir una mirada de confianza.

bien el tiempo para que, sin abandonar el propio trabajo, se pueda estar al corriente de los resultados de las investigaciones hechas en tan gran número por los representantes de la egiptología.







Al considerar lo conseguido hasta ahora en el terreno de la investigación de la antigüedad egipcia, ora en favorables, ora en desfavorables condiciones, no puedo menos de terminar esta reseña haciendo mención de un hombre, sin cuyo apoyo, prestado constantemente á este ramo de la investigación, nuestros conocimientos sobre el antiguo Egipto estarían muy lejos de haber llegado á la altura en que hoy se encuentran. Me refiero al tan celebrado y luego tan ultrajado Jetif (virey) Ismail-Bajá, á quien la Sublime Puerta desposeyó en 1879, con asentimiento de las potencias europeas, del gobierno que le estaba confiado. Ismail Bajá puede ser considerado en la historia de la egiptología como uno de los principales protectores de esta ciencia, y en la historia de Egipto como el mas importante de cuantos soberanos, desde Mehemet-Alí el fundador de la actual dinastía, han gobernado el Egipto. «En todo tiempo ha habido hombres que han visto con certera mirada el porvenir y no han podido esperar. Lo que la historia tarda siglos en hacer, hubiera debido madurar en el momento de su existencia.» Este juicio, que no fué ciertamente hecho para el Jetif Ismail, puede, sin embargo, aplicársele perfectamente. Tampoco él pudo esperar el porvenir; hubiera debido pensar que de la oreja «de un puercito no se corta una bolsa de seda,» como dice acertadamente Walter Scott en una de sus preciosas novelas. Sin considerar el estado en que se encontraban sus súbditos, altos y bajos, hizo muchas cosas que en otras circunstancias hubieran sido excelentes, pero que no se avenían en manera alguna con el Egipto de su tiempo. Quizás en lo porvenir podrá el Egipto alegrarse de lo que él se esforzó por hacer, pero el Egipto de su época no estaba bastante preparado para ello. Es asimismo muy sensible que durante su gobierno, y por cierto de un modo muy marcado, demostrara Ismail que pertenecía al gran número de los que no saben arreglar sus gastos segun sus ingresos, pues cometía locuras sin cuento, derrochando millones en una ostentación lujosa excesiva y no para su propio regalo, ya que vivía con sencillez suma, sino para brillar exteriormente, para construir preciosos palacios, la mayor parte de los cuales nunca habitó, y para hacer valiosísimos regalos, con lo cual representaba el papel de príncipe como si dispusiera de inmensos tesoros. A esto había que agregar las cuantiosas sumas que destinaba á obsequiar á sus huéspedes europeos, cuyo número se aumentaba de año en año, á los cuales ofrecía, como sucedió cuando la apertura del canal de Suez, fiestas de una esplendidez verdaderamente fabulosa. Mas locos todavía eran, segun él mismo podrá hoy decirse, los dispendios de muchos millones que, en concepto de remuneraciones, comisiones é indemnización de perjuicios, enviaba en parte, y por cierto en la parte del leon, á Constantinopla y en parte entregaba á sus bravos dignatarios ó tambien á una sociedad de gente oscura de ilustre y de humilde categoría que invadía sus países y á quienes los dignatarios egipcios sobornados le recomendaban eficazmente. Pero á pesar de todas estas locuras, fueron tantas las grandes obras por él realizadas en Egipto, así en provecho de la población indígena como en bien de los extranjeros, que en ellas vivirá eternamente su nombre (3). La posteridad olvidará al pródigo


(3) No es este lugar á propósito para tratar detalladamente de todo cuanto en Egipto hizo el Jetif Ismail: esto pertenece á la historia del nuevo Egipto, para la cual no he dejado de reunir abundantes materiales durante mis largas estancias en el alto y en el bajo valle del Nilo; mas adelante quizás podré dedicarme á escribir esta interesante sección de la historia egipcia.









Ismail-Bajá, pero las obras por él realizadas subsistirán y á ellas tendrá que acudir el porvenir. De todas maneras, los representantes de la investigación egipcia celebrarán siempre como á uno de sus mayores bienhechores al Jetif Ismail-Bajá, el cual, apreciando en lo que valía el gran pasado de su país, puso término á la indigna obra de destrucción de monumentos que los indígenas venían desde hacia siglos realizando sin obstáculos; ordenó, para ponerlos al descubierto, excavaciones en todos los ámbitos de su extenso reino, así en el valle habitado del Nilo como en el vecino desierto, excavaciones hechas en grande escala, gracias á las cuales pudieron ser estudiados muchísimos templos y sepulcros de la antigüedad egipcia; y creó, con todos los tesoros transportables desenterrados, un museo egipcio en Bulaq, junto al Cairo, con el cual no puede compararse, ni en cantidad ni en calidad, ningun museo egipcio de Europa.

Después de haber analizado someramente los resultados de los esfuerzos hechos para reconstruir la escritura y la lengua egipcias antiguas; después de haber visto como durante muchos siglos todo cuanto en este sentido se había hecho no había tenido éxito alguno y como posteriormente, á principios de nuestro siglo, se encontró por fin el camino que conducía á este objeto tan vanamente deseado; después de haber trazado un ligero bosquejo del movimiento que se realizó, unas veces por sendas extraviadas, otras por la verdadera, réstanos solamente, para que los no iniciados en la investigación egipcia puedan comprender mejor lo que llevamos expuesto, decir dos palabras, acompañadas de algunos ejemplos, acerca de los signos empleados en la escritura jeroglífica y de la manera cómo se empleaban.


Los jeroglíficos egipcios, abreviados por los escritores en signos hieráticos y demóticos, de uso mas cómodo por su escritura cursiva, son imágenes tomadas del mundo real, y á veces de la fantasía invisible, del reino animal, vegetal y mineral, productos naturales ó artificiales de todas clases, armas, utensilios, vestidos, adornos, figuras matemáticas y otras inventadas exclusivamente para aquella escritura, etc., etc. El número de estos signos, tales como los vemos en la escritura jeroglífica usada desde el tiempo de los constructores de pirámides hasta la época de los Tolomeos y de los emperadores romanos, es muy grande y no baja de 4,000, contando los jeroglíficos introducidos en época mas recientemente por los hierogramáticos. Este gran número se divide en signos fonéticos é ideográficos, ó sea alfabéticos y simbólicos, de los cuales los primeros se componen de las simples letras del



alfabeto, vocales y consonantes:  a,  u,  b,  p,  m,  f, etc., que son en su mayor parte homófonos, es decir, que algunas veces se cambian por otros signos del mismo






valor alfabético, como por ejemplo  m, que cambia con




 y  a,  t con  y  u con  e,  s con  u, y de sílabas que se escriben de diversas maneras ó prescindiendo





por completo del valor fonético  as,  men,  htp,







 nfr, ó añadiéndole parte de su pronunciación ó toda ella, unas veces la letra inicial, otras la final, como por ejemplo en

la escritura  as, donde la  a está antepuesta, y en las

 men y  htp, en donde están pospuestas la  n, en la primera, y las  t y  p en la última; otras veces se le agrega toda la pronunciación, ora anteponiéndola, ora posponiéndola

al signo, como por ejemplo  her, donde la  h y la  r es-







tán antepuestas y  nfr, donde la  n, la  f y la  r están colocadas detrás. Algunas veces las sílabas se dividen, quedando unas letras delante y otras detrás, como por ejemplo

 ab, donde la  a está delante y la  b detrás, ó  pa, donde la  p está delante y la  a al final; en estos últimos casos las sílabas parecen encontrarse colocadas entre sus valores fonéticos.


Los signos que pertenecen á la clase de los ideográficos ó simbólicos son ó figurativos, es decir, representan directamente el objeto, ó simbólicos, que dan idea del objeto, no directamente, sino por medio de un signo convencional. Por lo que se refiere á la aplicación de estos signos, ó se usan solos, sin el ideograma que indica su valor fonético, ó aparecen como signos determinantes detrás de la palabra escrita con letras ó sílabas. En el primer caso, les corresponde la pronunciación de la respectiva palabra cuyo ideograma constituyen; en el último, es decir, cuando son simplemente signos determinantes de una palabra, no se pronuncian, pues que la pronunciación de la palabra correspondiente los precede escrita en letras ó sílabas.






Estos signos determinantes que no se pronuncian y que se ponen detrás de las palabras reproducidas por medio de signos fonéticos, son de un carácter especial y genérico: unos determinan especialmente la palabra que les precede, mostrando por su forma con la mayor claridad posible la significación de los grupos jeroglíficos fonéticos anteriores; otros determinan todo un género, toda una clase de palabras. Así, por ejemplo, cuando las palabras leon, vaca y cocodrilo se


escriben de esta manera:  m  a  u  a  h  em

 s  u  h (en copto  leo,  vacca,  crocodilus), de modo que á cada una de ellas siguen las

figuras de un leon, de una vaca y de un cocodrilo, este signo determinante especial puesto detrás de las palabras escritas en jeroglíficos de letras, no permite abrigar duda alguna acerca de su significado. Otra cosa sucede cuando detrás de la palabra *mau*, «leon,» *ah*, «vaca,» no se pone el signo determinante especial sino el genérico, en cuyo caso este signo estará representado por la parte trasera de la piel del animal con

la cola colgando  que es el determinante general para la clase de animales mamíferos. Así, por ejemplo, con la escri-

tura  m  a  u  a  h ignoro qué animal se quiere

significar, y solo sé que los nombres se refieren á dos cuadrúpedos pertenecientes á la clase de mamíferos. Cuando detrás de un grupo de jeroglíficos fonéticos se encuentran dos ojos ó dos orejas, estas figuras me indican claramente la significación de las palabras que las preceden; si detrás de ellas está el signo  que es el determinante genérico de las partes del cuerpo, solo averiguo que con ellas se hace refe-

rencia á una de estas partes. Nos es imposible tratar detenidamente de la interesante serie psicológica de estas palabras determinantes que para su escritura inventaron los egipcios; por eso solo quiero hacer notar que muchas veces se ponen detrás de una palabra dos ó tres determinantes para indicar con mayor claridad su significado.

En la antigua escritura egipcia se hace indistintamente aplicacion de:

A. Signos fonéticos que consisten en:

- 1.º Jeroglíficos de letras que son en su mayor parte homófonos, que se truecan con otros signos que tienen el mismo valor fonético alfabético;
- 2.º Signos de sílabas que se usan con ó sin la adición de su valor fonético y que son en

B. Signos ideográficos que consisten en:

- 1.º figurativos; 2.º simbólicos. Estos signos ó están solos como ideogramas, sin ir acompañados de un valor fonético expresado en letras ó en signos-sílabas, ó no se pronuncian por ser signos determinantes, especiales ó genéricos,

su mayor parte polífonos. Esta polifonía se aumentó de tal manera desde los tiempos de los Faraones que muchos signos-sílabas tuvieron desde entonces mas de diez pronunciaciones.

De suerte que, en el antiguo idioma egipcio, una palabra podia ser escrita:

- 1.º Por medio de un ideograma, sin adición de signo fonético.
- 2.º Por medio de jeroglíficos-letras.
- 3.º Por medio de signos-sílabas, que podian escribirse de varias maneras, con ó sin adición de su valor fonético.
- 4.º Por medio de letras ó signos-sílabas, con ó sin adición de su signo determinante.

